

Sr. Mariano Lebrón Saviñón
Premio Nacional de Literatura 1999

Palabras de Agradecimiento

Cuando después de una resignada espera el poeta andaluz de la Generación del 27 Luis Rosales, en la cátedra de la Universidad de Alcalá de Henares, recibió en 1982 el Premio Cervantes, inició su discurso con este párrafo inolvidable:

“Lo dije muchas veces y lo repito: nadie merece un premio. En su sentido más profundo la creación es siempre colectiva. Por consiguiente, quien puede merecerlo es la generación a la que pertenece...”

Y nosotros hoy, en este amplio escenario del Teatro Nacional, boato que derrama su esplendor de lunes, hacemos, nuestras sus palabras y, sobre todo, cuando añadió de seguida:

“Al jurado y a ellos debo darles las gracias, y esto es un acto de reconocimiento, desde luego, pero también de restitución: pongo en sus manos lo que es suyo.”

Hoy, cuando me toca en suerte recibir el Premio Nacional con el que mi patria galardona a sus grandes intelectuales, asido al ansión de mis vivencias, esto es, a la rama quebrada de mis desgarrantes nostalgias, evoco, conmovido a aquellos de mi generación – y me refiero al grupo de La Poesía Sorprendida- que, como Antonio Fernández Spencer, habiéndolo ganado no lo recibió y a otros que, definitivamente, no llegaron a él por una mala jugada de los hados: Franklin Mieses Burgos, Freddy Gatón Arce, Aída Cartagena Portalatín, Rafael Américo Henríquez...

Y pienso, también, en aquellos que, hartos de méritos intelectuales y, sobre todo, con un acervo poderoso, lindero al humanismo, están a la espera de su hora.

El intelectual de hoy vive en continua guerra con la vida, en medio del menosprecio que habitualmente se tiene, en los tiempos que corren, para su quehacer creador, y de las cosas con que deben trajinar para su sobrevivencia.

Los hombres y mujeres que acervan conocimientos y trasiegan cultura, viven en continuas limitaciones agobiantes:

“Los intelectuales de nuestro tiempo – apunta Julián Marías- hacen demasiado cosas. Tienen cargos públicos, hacen vida social, presiden comisiones, hacen declaraciones a los periodistas, hablan por la radio, aparecen en la televisión, forman parte de innumerables asociaciones, intervienen en la política de su país y de los otros. Temo que les falten en muchos casos tiempo, más aún, calma, para pensar.”

Pero más penosa, aún, es la otra guerra: la que conmueve con insólitos estremecimientos el concepto de la amable convivencia, esa fuerza vital de nuestra instintiva condición gregaria.

Es la queja que formula Pedro Henríquez Ureña en carta que enviara desde México a Alfonso Reyes, entonces en Madrid:

“La literatura aquí es guerra y yo no sé hacerla.”

Nuestra preocupación, empero, en la tarde otoñal de la existencia, es sólo por el claro destino del hombre y su presencia en el ancho paisaje de la vida.

Luego del predominio de las culturas que Laín Entralgo llama arcaicas, en su mágica niebla fatalista y la avasallante gravitación de los dioses, como un milagro que Anatole France proclama con valoración oportuna, aparecieron en el panorama histórico los griegos, quienes hicieron un descubrimiento trascendente: el hombre, el cual, consciente de su prepotencia, por las mismas lindes de la divinidad, se irguió según el concepto de Ilin, para ser como un Zeus de la tierra..., esto es, el gigante de la creación.

Desmayos de su fe, por una negativa imposición histórica – mediando el nebuloso Medioevo – lo llevaron a desandar sus caminos y volver al concepto de su pequeñez, con su deleznable naturaleza mortal. Se impuso una necesidad de sufrimientos y renunciaciones – en mísera vida solariega – con el objeto de alcanzar el cielo.

Estar de espaldas a la Hélade fue su pecado.

Necesitó del huracán de luz del Renacimiento y la nostalgia colosal del Atica olvidada, para que el hombre tornara a la conciencia de sus posibilidades ecuménicas.

Y ahora, en este siglo XX que se extingue, un coloso del pensamiento, Wilhelm Dilthey, con su filosofía vital, que encuentra refrescante refracción en el límpido espejo ortegueano, redescubre al hombre con su tremenda fuerza creadora, agible de catastróficas instancias.

Podríamos decir que la filosofía vital es la filosofía de la conciencia histórica.

La visión de la historia, sin embargo, no es algo alentador sino “un inmenso campo en ruinas”.

No siempre ha sido así. La historia ha tenido sus períodos clásicos esplendentes. El presente debería ser una oportuna corrección o rectificación de pasados errores.

Y, entonces, surge una pregunta que se estremece como un angustiado náufrago en el atolón de la duda: “¿Tiene la vida sentida y el hombre destino?”

Esta interrogante, que alude al problema de la inexorabilidad planteado por Maurice Blondel, constituye el dilema que estremece con acuciantes urgencias nuestra conciencia atribulada: el hombre viene al mundo sin poner en este acto voluntad; actúa sin saber de la acción; vive sin que de él procediera el aliento vital y sin saber, en últimas instancias, quién es.

No puede, aunque quiera, conquistar la nada y, aunque no lo quiera, aunque su voluntad ponga muy poco en ello, está condenado a vivir, a morir con despierto o dormido anhelo de eternidad.

¡La eternidad! He ahí el anhelo, que tanto preocupó a Unamuno, el vasco genial, para quien la cuestión era la inmortalidad del hombre concreto, del hombre material, el hombre que vive y muere y no quiere morir del todo.

Y con esas dudas y esperanzas que centran “El sentimiento trágico de la vida”, debe nacer, medrar y dar flores eternas, el árbol del amor, que es el gigante rosado de mira y López, tal como lo concibe en “Los cuatro gigantes del alma”.

La República Dominicana, mi patria, es un vivero de intelectuales egregios, muchos de ellos insólitamente generosos, con la figura de Pedro Henríquez Ureña, hombre de una humildad casi nazarena, a quien el consenso considera señera representación del humanismo hispanoamericano.

El humanismo, que siendo refacción y esplendor del Renacimiento, cuyo hontanal es acervo de nuestras linfas culturales, se remonta a la aurora esplendente de “aquellos heroísmos muertos de que están empedrados los caminos de nuestra vida civilizada”. Y nos estamos asomando el alma diáfana y profunda del helenismo que irradió como un milagro histórico en el marco luminoso del mundo mágico. Bajo esta consigna – ya lo dijimos – llegamos siempre al hombre, esa criatura de *“corta vida que, como dice Homero, se alimenta de pan”*.

Vale este esfuerzo intelectual de mi patria para exaltar la cultura, pues, como dice José Manuel Rivas Sacconi:

“...en un mundo sitiado por la barbarie y agobiado por la angustia existencial, la cultura es la necesidad más urgente, y los estudios humanos han de cumplir una misión eminentemente regeneradora y civilizada”.

Y la cultura humanista se apoya en el amor.

El amor, según Agatón en el Simposio platónico, “es lo que da la paz a los hombres, la calma al mar, el silencio a los vientos y un lecho de sueño al dolor.”

Para Sócrates no hay amor a lo feo: el amor se recrea en la belleza. Y la belleza es, en última instancia, nostalgia de la presencia de Dios.

No puede haber amor cuando se odia o se siente la p rfida mordedura del  spid de los rencores, mantenido en conserva, o el súbito zurriagazo de la envidia.

Un neoplatónico lusitano, el judío lisboeta León Hebreo, en su metafísica del amor, se refiere a la belleza con estos términos: “es la gracia formal que deleita y mueve a amar a quien la comprende”. De modo que, en su concepción platónica, de tal manera motoriza la belleza el sentimiento amoroso, que le es dable afirmar que sin aquella, ésta no existiera.

Por eso muchos se refugian en la soledad y en ella se recrean, no por aquello de “me paseo entre la gente como entre los árboles”, sino porque en el atuendo angustiante de la convivencia se establecen los “grupúsculos” – como lo llama Terence Moix en su novela Leonard o el sexo de los  ngeles – que constituyen las “capillitas”, donde se decapitan reputaciones y se extinguen los anhelos.

Abominemos del alfanje que la crítica esgrime con saña cruel, con fuerza inexorable. Toda obra horra de amor es detestable.

En Cartas a un joven poeta, Rainer María Rilke señala con honda sabiduría: “Nada hay peor que la crítica para abordar las obras de arte.  nicamente el amor puede captarlas y ser justos con ellas”.

Y es que, como dice Paramahansa Yogananda, místico hindú: “Hay personas que tratan de ser altas cortando las cabezas de los demás”.

Hay quienes creen que lo importante es vociferar: levantar la voz y entorpecer los argumentos del otro. A veces los gozques atemorizan con la pertinacia de sus necios ladridos.

Así, cuando don Quijote velaba sus armas en la posada de puerto L pice, amenazó con iracundia tal a los arrieros que iban a abrevar sus recuas, que puso gran temor en sus  nimas, con lo que logr  alejarlos.

Por eso, para muchos, el mejor argumento es la palabra airada y descompuesta, pero dicha con recia indignación col rica. “Señor – decía un contertulio en una discusión, según nos cuenta Oscar Wilde – usted refuerza con la voz, cuando debe reforzar los argumentos”.

Y es lo que necesitamos, argumentos, razones que sean verdades, y consuelo...

Conceptos y comprensión en la turbidez de los tiempos que vivimos.

Y para eso hay que extravolcar nuestras íntimas convicciones generosamente.

Y una vez más don Miguel de Unamuno nos auxilia: *“He conocido – dice - a un hombre de ciencia, pero de verdadera ciencia, un especialista de positivo y reconocido mérito en la materia a que se dedicada, que ocultaba muchas de sus íntimas creencias por temor de caer en el descrédito y hasta en el desprecio de sus compañeros de profesión. Sufría la terrible imposición de la sequedad espiritual”*.

Los tiempos son mezquinos, porque falta la pasión.

Cuando el pensamiento se hace glacial y el sentimiento se congela, el hombre marcha hacia un naufragio: se estratifica el amor y la pávida ardentía del alma tórnase en pavesas. Se cae, entonces, en la grotesca robotización, y en la deshumanización, que es nuestro pecado de hoy.

Hoy se propugna la vuelta al mundo natural del instinto y renunciamos a la divinidad.

Pero nosotros, a través del legado humanístico elevamos un canto a la vida – siempre a la vida – y una mirada con la célica luz de la esperanza, con todas las instancias de la fe. Y le cantamos al amor en sus adorables esencias divinales, que nada tienen que ver con Eros y sus traviesas saetas – que tantas veces nos han herido – sino con ese sentimiento universal y eterno, encendido y sagrado, que es la parte espiritual de nuestra vida: la comunión hierática con Dios.

23 de febrero 1999